

Temblar como las estrellas

Ángeles Mastretta

LA NOVELISTA MEXICANA ÁNGELES MASTRETTA EVOCA LA MEMORIA DE SU ABUELO ITALIANO CARLO MASTRETTA Y A PARTIR DE ÉL LA NECESARIA MEMORIA DE SU FAMILIA, CONCRETA, EVANESCENTE, NOVELESCA.

Los emigrantes son polvo de estrellas, sal de la tierra, árboles con alas.

Nosotros, los Mastretta de México, somos nietos de un inmigrante. ¿Y de dónde venimos? ¿Dónde se esconde el esplendor de nuestras raíces?

Cuando uno empieza a pensar en estas cosas ha empezado a envejecer. Yo, la nieta de Carlo Mastretta Magnani, el hermoso emigrante italiano que vino a México en busca de una certidumbre y encontró el azar y a una mujer de nombre Ana como la mejor fortuna, he convertido en un hábito la curiosidad por el pasado. Busco una respuesta en el recuerdo de quienes ya no viven, la busco en los ojos y las historias de quienes también llevan y traen mi sangre. Esos a los que con dulzura llamamos familia.

Hablando entre nosotros, imaginamos cómo eran la tierra y los sueños en que nacieron aquellos que tal vez no tenían ni idea de en dónde estaba el país en el que naceríamos, en el que han nacido nuestros hijos, soñarán nuestros nietos, los abismales descendientes de un hombre que dejó la tierra suave de las uvas y los montes, el río iluminado que sigue siendo el Po, y vino a quedarse aquí, bajo dos volcanes de nombre arisco y entre hombres y mujeres que nada sabían del sueño que lo movió a dejar su patria.

Recuerdo muy poco del abuelo Carlos, murió cuando yo tenía cuatro años, pero aún me conmueve el atisbo de la memoria en que lo guardo.

Me llevaba mi padre a saludarlo en domingo y yo, que tenía a la altura de mis ojos los papeles de su escritorio, miraba hacia arriba y le decía: «buon giorno nono». Entonces él, creo, me miraba como a un juguete, y antes de despedirnos ponía en mis manos una moneda de plata.

Años más tarde, mi padre, detenido cerca del lavabo en que yo enjuagaba los dedos bajo una llave, me dijo como quien recupera de golpe un paisaje remoto: «tienes manos de campesina italiana».

Él hablaba muy poco de Italia. Uno creía que para olvidarla, pero ahora sé que era sólo para no perderla en palabras, para que todo aquello fuera suyo como algo íntimo e irreprochable, como un amor delirante del que nadie pudiera encelarse, o un recuerdo que no se nombra por miedo a perderlo. ¿Para qué contar las heridas y el gozo de antes, si cuando otros los oigan entenderán tan poco?

Yo tenía entonces y ahora manos de campesina italiana. En un tiempo las hubiera usado para cortarle frutos a una vid, hoy y en el nuevo país de nuestro abuelo las uso para escribir, para contar el mundo en un idioma que no es el suyo, para ser mexicana como nunca seré italiana.

Soy, en Italia, una «scrittrice messicana», y cuando respondo a las entrevistas o tengo que expresar pensamientos más sofisticados que los necesarios para pedir una pasta en Stradella, lo hago sin duda y sin remedio y por fortuna, en español.

Ese idioma aprendí de Carlos Mastretta Arista y este idioma aprendieron los hijos sus hermanos Marcos, Carolina, Catalina, Teresa y Luis Mastretta Arista. Ahora mismo, para hablar con nuestros primos, los Manstretta de Italia, nos hacemos de un lenguaje tropezado y al mismo tiempo entrañable que aprendimos en la Dante Alighieri o en el camino hacia atrás que siempre es arduo.

Carlo Manstretta Magnani llegó a la ciudad de México en el año mil novecientos, contratado por la empresa del ferrocarril nacional. Construyendo plantas de energía eléctrica y sistemas

hidráulicos en Querétaro y Puebla se convirtió en ingeniero civil.

En la aduana perdió la «n» del Manstretta. La «n» del no, del nunca, del ni modo. Y sin ella le dijo sí a este país, siempre a la Italia de su padres, de todos modos todo, a los dos países.

Se convirtió en el ingeniero Carlos Mastretta.

Al castellanizar su apellido no perdió la doble «t» con que todos nosotros seguimos confundiendo a quienes nos escriben. Había perdido sí, en la batalla de Andua, una guerra emprendida por los italianos como parte de la estúpida idea que los hizo creer en el derecho europeo a invadir otros países y apropiárselos. Perdió junto con Italia una guerra ridícula y criminal contra Etiopía. Veinticinco mil italianos contra cien mil abisinios, perdieron, esa vez, el afán de apropiarse la tierra ajena con todo y su gente, sus montañas, sus abismos. Cuarenta años después, otros italianos aún más confundidos, volvieron por Abisinia y la conquistaron. Entonces, el dictador de la época, cuyo nombre no quiero ni decir, fue capaz de arrancar un obelisco y llevárselo a Roma.

Al perder la Segunda Guerra, en la que, como decía mi padre, todos perdimos, los italianos perdieron también sus territorios en África. Pero sólo hasta el año 2005 devolvieron el célebre obelisco a la ciudad de Aksum.

Nada de esto supo el abuelo Carlo Manstretta, quien como italiano había perdido y sobrevivido a una batalla horrible en 1896 y como uno de los mil recuerdos de su patria conservó la doble «t» de su apellido. La del te quiero, te recuerdo. Te construyo, te pertenezco.

En Querétaro había encontrado a una mujer de ojos intensos y palabras escasas. Yo la recuerdo tímida, rezadora, vestida de negro y, sin embargo, sonriente. O desde lejos, en una cama del hospital Guadalupe, muriendo muy despacio mientras yo espiaba tras la puerta con verdadero pánico y piedad.

No sé los nombres, no sé quiénes entre nosotros sí los sepan, de los padres y los hermanos de la abuela Ana Arista. La cavilosa, firme, solitaria Ana Arista. Tan solitaria que nos hemos reunido a recordar a su marido, esto se llama una reunión de los Mastretta, porque como tantas veces, la historia de las mujeres se pierde en el nombre de sus maridos. Yo sé que ella tuvo una

prima Mariana, la tía Marianita, vestida también de negro, pero juguetona, dispuesta a correr, a toearnos con su pañuelo blanco, en el jardín. Con toda claridad era una sobreviviente, pero no sé de qué.

Recuerdo también al tío Güeso Arista, que tenía unas ojeras aún más grandes que las mías, como las de Mariano Arista, un tío, si se puede, todavía más remoto, que fue Presidente de la condolidada República Mexicana, a mediados del siglo diecinueve.

Mariano Arista debió ser como de la edad de Marco Manstretta, ése que casó con Carolina Magnani, en Stradella, un pequeño pueblo en el Piamonte, y tuvo con ella, según veo en la foto de familia, seis hijos. Tampoco de Carolina sé nada. De ella sí ni media palabra. Ni de sus otros hijos. Veo la foto y no puedo nombrar sino al muchacho cuya mirada contundente predomina. Es el abuelo Carlo, pero abajo hay una niña preciosa, con trenzas castañas, sentada entre sus padres. De pie hay tres mujeres, no sé sus nombres, y un hombre. ¿Sería ése el tío Biggieto, del que habla mi papá en alguna de sus cartas? El padre o también el tío del tío Pierino, cuyas esquelas estaban pegadas por todo el pueblo la última vez que visité Stradella, hará ocho años.

¿Y la tía Angelina? ¿De quién era hija? Yo la conocí porque vino a México a vernos, pero entonces no tuve tiempo para preguntarle de dónde había salido. Me limité a quererla mucho en el momento preciso y muy poco quizás cuando más lo necesitó. Me entristece pensarlo. Tenía una casa pequeña, una sala con un gobelino que amaba y una mesa muy fina. La última vez que la vimos cenamos ahí, fuimos Verónica mi hermana, con Angeles nuestra madre y Cati mi hija.

Nombro a Verónica y vuelvo a preguntarme cuál será el destino del apellido Mastretta que llevamos. Es el segundo de nuestros hijos, será el cuarto de nuestros nietos, el octavo de nuestros bisnietos. En cambio seguirá siendo el primero de los hijos de mis hermanos y el primero de sus hijos y sus nietos y sus bisnietos y sus tataranietos.

Cuando la vi en Italia por primera vez, la tía Angelina se presentó en el hotel de la vía Cavour, con un periódico en la mano, despeinada hasta la saciedad y vehemente como cualquiera de nosotros: «Ho dovvenuto guardarlo sul giornale», nos dijo muy

enojada porque no le habíamos avisado que llegaríamos. Yo había ido a Italia, con Verónica, especialmente a Milán y Roma, dizque a presentar *Arráncame la vida*. Sin embargo, en realidad, lo que queríamos era ir a Stradella.

Luego de abrazarnos y revisarme la tía dijo sin tregua: «Hai perso el petto, cara».

No le gustaban las mujeres delgadas, la afligían. No era en su juventud, como es ahora, un deseo ser delgada, sino una vergüenza y una mala memoria de la guerra.

Nos contó entonces, bajo la lluvia, porque ya estábamos en la calle esperando un taxi que la devolvería a su casa, toda una historia a medias sobre la novia alcohólica que mi papá había dejado porque ella, en los varios años de ausencia que les impuso la guerra, había tenido otro novio que le contagió una «malatia». No nos quiso contar más de eso.

Hay tanto, tantísimo más, que no sabemos y no sabremos de ese mundo, que por eso he querido recordar con ustedes un poco de lo poco que sé.

Ninguno de los hijos de Carlos Mastretta y Ana Arista vive. Mi padre podría tener noventa y seis años. Una edad casi infinita para mis hijos, qué decir para los nietos de nuestros primos los que ya tienen nietos. Sin embargo, hay gente que vive más de cien. Mi tía Tere vivió casi noventa, Norberto Bobbio el genial analista político italiano, nacido como mi padre en mil novecientos doce, murió perfectamente lúcido, hace dos años, a los noventa y cuatro. ¿Qué daría yo por haber contado siquiera los sesenta de mi padre que murió a los cincuenta y ocho, a la edad exacta que yo tengo ahora, sin haberme contado ni una pizca de su vida en Italia.

Siempre, queridos hijos, queridos sobrinos, necesitamos saber cuando ya no podemos. Por eso, a los nietos de Carlos y Ana, a los bisnietos de Marco y Carolina, nos ha parecido tan promisorio y nos alegra tanto nuestro encuentro de hoy. Alguien habrá dentro de cincuenta años que, como yo ahora, quiera escribir una novela o hacer una película o sencillamente ordenar un árbol genealógico. Ese alguien tendrá en esta reunión algunos cabos de su historia y de la nuestra.

Bendita sea la vida que nos trajo hoy aquí. También nosotros, como nuestros abuelos, como los hijos de todo emigrante, somos

polvo de estrellas. Y de la misma manera temblamos, igual que dice la canción, d'amore é di speranza. De amor y de esperanza. Como tiemblan las estrellas.

NOTA: Leí este texto de bienvenida en el primer encuentro formal de los descendientes de Carlo Manstretta Magani, emigrante italiano que llegó a México a principios del siglo veinte y se quedó aquí trabajar y formar una familia de la que formo parte. Soy su nieta, la hija mayor de su segundo hijo ©